

# El perfil crítico de una formación intelectual

Marcela Croce  
Universidad de Buenos Aires, Argentina

**Abstract** This article proposes a review of the Uruguayan ‘critical generation’ or ‘generation of 45’, which is defined by their dissatisfaction with national conditions and a desire to produce a change in the cultural order of the Río de la Plata region. The *brotherhood* of historians, narrators, playwrights, poets and cultural critics is defined both in relation to the neighbouring city, Buenos Aires, and in terms of Latin American insertion promoted by the weekly magazine *Marcha*, in which most of the intellectuals involved collaborate. Ángel Rama is the outstanding figure summoned by this critical reconstruction. His work “La generación crítica (1939-1969)” is a landmark with which this article proposes a counterpoint.

**Keywords** Uruguayan intellectuals. Critical generation. Intra-American Comparatism. Historical journey. River Plate magazines.

**Índice** 1 Un tono desencantado. – 2 Voluntad y método. – 3 El existencialismo es un latinoamericanismo. – 4 Coda.




Edizioni  
Ca' Foscari

## Peer review

Submitted 2022-01-06  
Accepted 2022-03-22  
Published 2022-06-22

## Open access

© 2022 |  Creative Commons Attribution 4.0 International Public License



**Citation** Croce, M. (2022). “El perfil crítico de una formación intelectual”. *Rassegna iberistica*, 45(117), 89-100.

DOI 10.30687/Ri/2037-6588/2022/18/005

Parodiando a Graham Greene, podría decir que «*Uruguay made me*»: el espíritu crítico que allí se desarrolló en un determinado período histórico en que a mí me tocó vivir fue tan dominante que concluí titulando el libro que dediqué a las letras uruguayas de 1939 a 1968 [sic], *La generación del medio siglo*. (Rama [1982] 2008, 21)

## 1 Un tono desencantado

Parece inevitable iniciar cualquier consideración sobre la generación crítica a partir del texto homónimo de Ángel Rama. En tan planificado ejercicio revisionista, el crítico se comporta mucho menos como historiador del período de tres décadas que extiende de 1939 a 1969 que como testigo directo del ciclo que sigue abierto en el recorrido que cumple a comienzos de los años setenta (Rama 1971). A ese grupo, que prefiero adscribir al orden de las ‘formaciones’ establecidas por Raymond Williams (1980), Rama le atribuye la postura crítica que elude por igual la inmediatez del enojo, la ineficacia del lamento y la sobrecarga de la indignación para expandirse en la denuncia del engaño y el fraude que acosaron a sus integrantes.

Antes de evaluar las alternativas y las responsabilidades de quienes quedan enrolados en la etiqueta móvil -cuyo tránsito oscila entre ‘generación crítica’, ‘generación del 45’ (responsabilidad de Emir Rodríguez Monegal) y ‘generación de *Marcha*’, me detengo brevemente en la apertura del ensayo que acude a una pregunta desglosada: «¿Qué nos ha pasado? ¿Por qué hemos llegado a esto? ¿Cómo fue que se nos perdió aquel Uruguay?» (Rama 1971, 325). Sin aventurarme a asegurar que semejante retórica sea una tendencia de época, un *élan* ontológico de las naciones latinoamericanas, es forzoso admitir que el arranque interrogativo coincide con el de dos textos estrictamente contemporáneos. Por un lado, la novela *Conversación en la Catedral* (1969) de Mario Vargas Llosa, que se empeña en descubrir «¿cómo se jodió el Perú?» a través de un muestrario de personajes y hechos que no trepida ante los deslices ideológicos ni la crónica policial. Por otro lado, el inicio de *Caliban* (1971), de Roberto Fernández Retamar, que se encara con la requisitoria insidiosa de un periodista europeo de izquierda: «¿Existe una cultura latinoamericana?» (Fernández Retamar [1971] 2006, 11).

El interrogante provee el tono de inquietud que vertebra la «ola de insatisfacción» (Rama 1971, 327) diagnosticada por el crítico, la cual afecta a una población de pequeña burguesía urbana cuya representación más conspicua impregna las páginas de las novelas de Juan Carlos Onetti, los relatos de Mario Benedetti y las comedias grotescas de Jacobo Langsner. Serán esas clases medias, las mismas que Rama rescataba como garantes de una cultura propiamente latinoamericana (Rama 1985) y las que forman el público lector de la

generación crítica -como consecuencia del éxito de la educación secundaria más que de la universitaria-, las que provean asimismo los cuadros dirigentes tanto de la sindicalización de círculos obreros, estudiantiles y profesionales como de la vanguardia política orientada hacia la acción directa nucleada en Tupamaros.

## 2 Voluntad y método

Acabo de declarar mi preferencia por el concepto de ‘formación’ que Williams (1980) aplica a aquellas agremiaciones que van desde la *brotherhood* al estilo prerrafaelista hasta la ‘formación discursiva’ que es posible identificar en la organización y el sostenimiento de una revista. La ventaja principal de una categoría tan flexible es la de desarticular las incongruencias que acarrea el marbete ‘generación’ (el cual, además, es instrumento propio del historiador, no del protagonista que ofrece su testimonio privilegiado como hace Rama), además de suspender el rigor excesivo de la cronología y fomentar la vocación de autorreconocimiento. El afán de los sujetos que Rama convoca en su ensayo insiste en distinguirse de los antecesores y en subrayar las coordenadas que los acicatean. Para apuntalar dicha caracterización adviene la referencia al vitalismo de Wilhelm Dilthey (Rama 1971, 332); a fuer de filósofa tambaleante, mis asociaciones vitalistas remiten antes a Henri Bergson, quien sostenía el carácter subjetivo del tiempo y desbarataba, en consecuencia, las impostadas corporaciones generacionales. Busco un ejemplo de pertinencia indiscutida en esta reunión para corroborar la debilidad del criterio exclusivamente temporal: ¿dónde corresponde ubicar a Ida Vitale, figura tan activa en la década de 1950 como ahora, y cuya obra continúa y merece reconocimientos constantes bien entrado el siglo XXI? Do y un paso más: ¿no es actualmente una poeta de resonancia claramente latinoamericana, cuando en la etapa que la involucra como miembro de una generación representaba un fenómeno mucho más local?

Por añadidura, el crítico divide el bloque de treinta años en dos promociones a las que una circunstancia histórica garantiza la simetría de la partición: 1955, momento de inicio de la crisis económica nacional, opera como mediatriz de dos segmentos de extensión pareja. La analogía espacial anticipa un recorte geográfico ampliado que se corresponde con una categoría metodológica que Rama elaboró pocos años antes: la de ‘comarca’ (Rama [1964] 2008, 61). Dentro de la topografía mayor que reserva para la ‘comarca pampeana’, el crítico se enfoca en la que convendría identificar como ‘subcomarca rioplatense’ para dar cuenta del contacto estrecho que se evidencia entre Montevideo y Buenos Aires. Ese ámbito eminentemente urbano fomenta un comparatismo interno que contribuye de manera radical a implantar el instrumental metodológico comarcano. En el

territorio amplio del Río de la Plata, «los dos países limítrofes, a pesar de conocidas diferencias, se mueven dentro de similares procesos evolutivos» (Rama 1971, 332).

Tanto el punto de partida como el momento de división entre ambas cohortes reclaman la comparación con el otro punto comarcano, de modo que si la Generación del 40 argentina tiene una repercusión casi inmediata en la Generación del 45 uruguayo –y esa diferencia de cinco años es relativizada por Rama para desacreditar una vez más el recurso generacional por su insuficiencia–, el año 1955 implica una renovación discursiva que afecta ambos márgenes platenses. Mientras en Montevideo la crítica adquiere una virulencia creciente, más propicia para expulsar al público que para convencerlo (y el dato obligado es la crítica de espectáculos en la docena de diarios que proveen material de lectura a una población inferior a los tres millones de habitantes), en Buenos Aires se asiste al apogeo del grupo Contorno, cuyo estilo agresivo arremete contra las figuras más reconocidas del campo intelectual y provoca la reacción censuradora de Emir Rodríguez Monegal, quien en 1956 condena por ‘parricidas’ a los afiliados al conjunto liderado por David e Ismael Viñas.

El desborde de Rodríguez Monegal –replicado años más tarde por su discípulo Roberto González Echevarría, no ya sobre los discos porteños sino sobre el mismo Rama, acaso resentido ante la posibilidad de que Uruguay fuera tan dispendioso en críticos literarios<sup>1</sup> era la contracara irritada de un discurso jactanciosamente altisonante como el *slogan*, que en 1958 se especializaba en la consigna vacua «Como el Uruguay no hay» (cit. en Rama 1971, 335), simultánea de la frase de raigambre jakobsoniana «I like Ike» que condensó la campaña presidencial de Dwight Eisenhower en Estados Unidos. En la Argentina del frondizismo probablemente la alternativa fuera menos ominosa que el patético «Los argentinos somos derechos y humanos» frangollado dos décadas más tarde, durante la dictadura militar de 1976-83.

Lo significativo es que en las dos orillas del Plata se reconoce la coincidencia de propósitos y retórica que impregna el período, de modo que si en 1940 el cosmopolitismo era la nota dominante, en 1955 es el nacionalismo el que define los perfiles del contornismo y de su equivalente translatino, y solo hacia los sesenta se instalará el latinoamericanismo como preocupación intelectual.<sup>2</sup> El paso de una eta-

**1** Vayan como muestra del encono del cubano asentado en la Universidad de Yale dos frases selectas de la presentación del libro *Crítica práctica/práctica crítica*: «Rama tenía un estilo retórico ampuloso, anticuado, tanto por escrito como en la tribuna, del que Emir se burlaba» (González Echevarría 2002, 17); «he leído a Rama con gran atención, buscando lo que conocidos y amigos ven de valioso en su crítica y no lo encuentro por ninguna parte» (18).

**2** Recuerdo, en tal sentido, una anécdota que tiene ya veinticinco años de antigüedad. Durante la presentación de un libro sobre Contorno que acometé a mediados de los no-

pa a otra replica en este texto -aunque invirtiendo el orden- el esquema explicativo desplegado por Rama en *Las máscaras democráticas del modernismo* con respecto al modo en que el fenómeno finisecular recala en el nacionalismo del Centenario (Rama 1985).

Otro punto de vinculación de ambas márgenes del Plata es el impacto del revisionismo histórico argentino sobre la labor historiográfica uruguaya, que relega el archivismo practicado por Pivel Devoto en favor de lecturas sociológicas o filosóficas (Rama 1971, 362). El tercer elemento comunitario rioplatense es el semanario *Marcha*, en el que colaboraban los propios contornistas y que seguirá siendo un faro intelectual al final del período y en el mismo momento en que Rama escribe el ensayo, cuando los *Cuadernos de Marcha* dediquen un número al espinoso 'Caso Padilla'. En sus páginas Rodolfo Walsh ofrece la lectura más original, que comporta una denuncia del corporativismo intelectual: si la Carta de los 62 surgió cuando un escritor fue encarcelado por el gobierno revolucionario cubano, eso demuestra que o bien se trata del primer caso de presión sobre un opositor, o bien los intelectuales solo responden cuando es uno de los propios el hostigado.

Finalmente, tanto Buenos Aires como Montevideo recibirán el impacto latinoamericanista de mediados de siglo, que si en los cincuenta estaba informado por la revolución del MNR (Movimiento Nacionalista Revolucionario) boliviano, la figura de Jacobo Arbenz en Guatemala y los cambios políticos brasileños de Jánio Quadros a João Goulart, al despuntar los sesenta se plegará al entusiasmo despertado por la Revolución Cubana que, en sus inicios, representaba fundamentalmente el desalojo del poder de uno de los dictadores que se habían entronizado en el continente. La opción por lo latinoamericano marcó a *Marcha* con su prédica de Patria Grande, que en ocasiones se confundió con el panamericanismo y tendió a rechazar los populismos, pero sostuvo una conducta antiimperialista -que, mientras en sus comienzos aprobaba los fenómenos producidos en los años veinte y evaluaba la descendencia de Augusto César Sandino en Nicaragua, la fundación del APRA (Alianza Popular Revolucionaria Americana) por obra de Víctor Haya de la Torre y el tenentismo encabezado por Luís Carlos Prestes; hacia la mitad del siglo y en los años sucesivos encontraría en Gualberto Villarroel, Jorge Eliécer Gaitán, Fidel Castro y Salvador Allende sus figuras emblemáticas.

Correlativamente, la cultura se vio afectada por el cambio político y la señal más evidente en Uruguay fue el abandono del europeísmo promovido por Rodríguez Monegal en la página literaria de *Marcha*

---

venta, Ana María Barrenechea increpó a David Viñas por el escaso interés que la revista había mostrado por los temas latinoamericanos, y específicamente señaló la ausencia de la lectura de Mariátegui en esas páginas. Viñas respondió que la densidad de lo nacional -apogeo y caída del peronismo, formación del frondizismo- atenuaba los intereses latinoamericanos que serían urgentes, en cambio, tras la Revolución Cubana.

en favor del latinoamericanismo predicado por Rama, su sucesor en esa empresa que había comenzado bajo la mano de Onetti y a principios de los setenta era orientada por Jorge Ruffinelli. El modelo teratológico que combinaba a Bernard Shaw y Borges, al que tributaba Rodríguez Monegal, dejó paso entonces a los nuevos narradores continentales que en los sesenta obtendrían un reconocimiento editorial y mercantil a través del *boom* latinoamericano y que, poco antes de ese fenómeno, eran promovidos por el mismo Rama a través de la editorial Arca que fundó en Montevideo en 1962 junto con su hermano Germán y con José Pedro Díaz.

### 3 El existencialismo es un latinoamericanismo

El comparatismo intraamericano, y específicamente rioplatense, encuentra otro respaldo propicio en la lectura que Jean-Paul Sartre recibió desde los años cincuenta. Un subtítulo como *Incursión en el mundo*, que organiza cierto sector de la exposición de Rama, es de indudable arraigo sartreano, si bien opta por aliviar la proclama fenomenológica de la 'situación' en la 'incursión'. También los contornistas acusarán la incidencia de Sartre, relativamente en la revista (Sebreli 1997) pero profusamente tras el cierre de la misma, como evidencian *Sexo y traición en Roberto Arlt* (1965) de Oscar Masotta y *Eva Perón, ¿aventurera o militante?* (1966) de Juan José Sebreli, ambos títulos derivados de las indagaciones que constan en *San Genet comediante y mártir* (1952).

Rama acusa el impacto de la huella de Sartre en lo que llama 'conciencia crítica' que, pareja a la preferencia de David Viñas por la categoría 'intelectual crítico', comporta un ajuste del sintagma 'intelectual comprometido' hacia la vocación adversativa en que se enquistan sus contemporáneos. En lo que tanto Viñas como Rama congenian es en que el intelectual es indefectiblemente un pequeño burgués, sin que eso implique una condena sino más exactamente un espoleo. Al fin y al cabo, el Río de la Plata exige explicar en sus propios términos aquella insuficiencia heurística que Sartre estampaba en las célebres «Cuestiones de método» de *Crítica de la razón dialéctica* (1960): Valéry es, efectivamente, un pequeño burgués; pero no todo pequeño burgués es Valéry (Sartre [1960] 2004).

Dos autores uruguayos dan cuenta de la presencia sartreana: Juan Carlos Onetti, con sus figuras existencialistas desoladas -cuyo anticipo se encuentra en la colección de locos y marginales que pueblan las novelas de Roberto Arlt en la década de 1920-, y Mario Benedetti, con sus oficinistas atascados en una alienación resignada. Ambos escritores, asimismo, logran evadirse del peso opresivo de la cultura porteña que, en la imitación servil de la revista *Sur* que denuncia el crítico (Rama 1971, 350), trasluce los afanes de modernización dependiente que esparció Rodríguez Monegal. Fuera del plano imi-

tativo, la plasticidad de Rama en el establecimiento de vínculos trazaría no ya un acercamiento buscado sino una continuidad involuntaria entre el «espectáculo feroz de descomposición» (Rama 1971, 396) que exhibe Armonía Somers y la atmósfera descarnada que desencadena otra figura de *Sur*, Silvina Ocampo, en sus cuentos (Rama [1973] 2008, 175).

Onetti, en la síntesis del crítico,

había sido capaz de avizorar en los años treinta el crecimiento de una insolente y purísima juventud a la que se sentía mancomunado y a la que vio abrirse dentro de un universo de adultos corrompidos. (Rama 1971, 349)

Es tentador sospechar que el Jorge Malabia adolescente de *Junta-cadáveres* (1964) deviene portavoz de la generación crítica –y resulta preferible sustraerse a su final, a fin de sostener la analogía– y el viejo Lanza que lo aconseja, lo instruye sobre el oficio periodístico y le ofrece revelaciones dosificadas es un émulo de Carlos Quijano, el adalid de *Marcha*.

Los tipos humanos convocados por Onetti, «recién adquiridos por el Plata –de Linacero a Ossorio–» (Rama 1971, 393) –aunque se podría argumentar nuevamente que proceden del muestrario arltiano en que la angustia y la baja se superponen en casos como los de Erdosain y Haffner–, trasuntan figuras de un presente anclado en ese paisaje devastado que conviene a las expectativas críticas.<sup>3</sup> En representación del pasado es ineludible convidar a Felisberto Hernández, entregado a la evocación furtiva de pequeñas miserias que arrastra un relato como *Por los tiempos de Clemente Colling*. La dialéctica entre pasado y presente arrastra el notorio inconveniente de suspender el futuro, circunstancia que se diseña con otros rasgos en el paralelo que Rama establece entre Carlos Martínez Moreno y Benedetti: el primero «más intelectual, más sistemático y lógico»; el otro, «más sensible y más lírico» (Rama 1971, 394), aunque idénticamente afectado por el estupor urbano.

El fracaso melancólico de Benedetti es la contracara del fracaso existencialista de Onetti. Benedetti da forma a lo que Rama (1971, 371) proclama «la rebelión de los amanuenses» y apela a lectores que replican los personajes de los cuentos reunidos en *Montevideanos* (1959) o de la novela *La tregua* (1960), filmada en Buenos Aires por Sergio Renán en la década siguiente. Como en el caso de Onetti con Arlt, me permito aquí otra especulación: la que enlaza la afir-

---

**3** No obstante, y pese a que tanto la recaída arltiana como la inclemencia de la mirada del escritor parecerían complacer a Viñas, este le dedica una reseña lapidaria en «Onetti: un novelista que se despide» (Viñas 1954).

mación de Rama, que hace de Benedetti el «primer escritor estrictamente profesional de la literatura uruguaya» (Rama 1971, 371) por vender treinta o cuarenta mil ejemplares (cifras solo equiparables a las que manejará el *boom*, aunque Benedetti demore más en agotarse), con la versión fílmica de *La tregua* que será la primera candidata argentina -rioplatense-<sup>4</sup> al Oscar.

En el plano cinematográfico hay otro ejemplo de colaboración supraplatina desprendido de la obra de Jacobo Langsner, uno de los dos dramaturgos que, junto con Carlos Maggi, decantan de la generación crítica. Es significativo que Rama integre la producción teatral al panorama que diseña: si bien el teatro suele ser desatendido por la crítica, los comienzos de Rama como actor y dramaturgo permiten expansiones que no hubieran sido previsibles en críticos ajustados a un cartabón más tradicional. En este punto cabe un paralelo con Viñas, quien recién en los setenta se estrena como dramaturgo y al filo de esa década edita las obras de Armando Discépolo con un prólogo que renueva los estudios teatrales.

La desestabilización de la familia como institución protectora y afectiva que cumple *Esperando la carroza* de Langsner exagera su ferocidad en la puesta en escena escogida por el director Alejandro Doria para la película argentina de 1985. La tendencia rioplatense al grotesco -cuyo origen es objeto de un tironeo en la historia de la literatura en que se cruzan el uruguayo Carlos Mauricio Pacheco y el argentino Discépolo- potencia en actores entrenados en el teatro local la virtualidad de una comedia sangrienta cuyas frases han pasado al acervo popular porteño con la misma entonación que aplicaron sobre ellas los intérpretes. «Tres empanadas para dos personas» es un epítome de la miseria de los barrios periféricos; en cambio, «¿yo soy la cornuda y vos sos la ofendida?» condensa la moral clasemediera en su alternativa resentida.<sup>5</sup>

Al cine le corresponde un modo de la crítica que mostró su faz más despiadada en el ejercicio de Homero Alsina Thevenet, quien abandonó la voluntad inicial de orientar al público por el hipercriticismo que desgarró el gusto hasta convertirlo en un avatar del «terrorismo» (Rama 1971, 378). Alsina Thevenet pasó de *Marcha* a *Página/12* en los años ochenta, cuando se fundó en Buenos Aires ese diario de

<sup>4</sup> Breve excurso de lexicografía chingada: cuando los argentinos designamos a alguien o algo como 'rioplatense', no hacemos más que referirnos a un uruguayo del que nos hemos apropiado. Así, Florencio Sánchez y Horacio Quiroga son 'rioplatenses', aunque ya los integramos a las historias de la literatura argentina. Nos animamos menos a hacer lo propio con Onetti, aunque insistimos con cierta felonía en recordar que su primer relato se titula «Avenida de Mayo-Diagonal-Avenida de Mayo».

<sup>5</sup> No parece casual, en este vaivén entre las dos orillas del Plata, que la enunciadora de semejante paradoja sentimental sea interpretada en el film por China Zorrilla, actriz montevideana de amplia trayectoria en la escena porteña.



ínfulas progresistas que procuró inscribirse en la línea abierta en la década anterior por el periódico *La Opinión*. Paralelamente, el teatro transita del amateurismo al independentismo y contribuye a la caracterización de la época como la del individualismo independiente.

En el orden ensayístico, la generación crítica no fue ajena a un fenómeno latinoamericano: el cambio del ensayo intuitivo, impresionista, signado por cierto solipsismo de pasiones hermenéuticas, por el ensayo amparado en las ciencias sociales, promotor de explicaciones (Devés Valdés 2000-03). Rama asigna la función que Karl Mannheim atribuía a las élites locales para completar la labor de las élites internacionales a los historiadores Alberto Methol Ferré y Carlos Real de Azúa, cuya especialización en temas vernáculos produce en este último caso una obra sobre el patriciado uruguayo, del mismo modo que *Capítulo Oriental*, *Enciclopedia Uruguaya*, *Cuadernos de Marcha* y *Nuestra Tierra* establecen un conjunto de estudios nacionales con tiradas de diez mil ejemplares que constituyen un canon prescindente de lo oficial al que concurren los productos de las editoriales Alfa y Arca, por restringirme a aquellas en las que Rama tuvo intervención directa.

Precisamente tales emprendimientos fueron espacios de inserción laboral de los intelectuales críticos que, junto con *Marcha* y otros ejercicios del periodismo, además de la docencia media y universitaria y la burocracia pública, absorbieron una mano de obra altamente calificada que mantenía un distanciamiento respecto de las fuerzas políticas dominantes apenas comparable al registrado «en el 900 con los dandys y los anarquistas» (Rama 1971, 382). Es cierto que «la impunidad del espíritu crítico» (389) no resultaba el mejor auspicio para el grupo, aunque conviene apuntar que, a la par de la postura francotiradora, la ‘generación crítica’ practicó la recuperación de escritores precedentes como Eduardo Acevedo Díaz, Horacio Quiroga y Felisberto –cuyos relatos inquietantes que bordean la perversión obtuvieron reconocimiento creciente a partir de los años sesenta hasta convertirlo en las décadas siguientes en autor de culto, si bien entre un público restringido–, antes de otorgar estatura magisterial a algunos miembros de las propias filas como Idea Vilariño (Rama 1971, 390).

#### 4 Coda

He dejado para el final la poesía, con la certeza de que la presencia de Ida Vitale me eximía de abundar en un género que suelo abordar de soslayo.<sup>6</sup> Borgeanamente (vicio tan argentino) podría decir que me

---

<sup>6</sup> Originalmente este texto fue concebido para integrar el homenaje a Ida Vitale ofrecido por la Università Ca’ Foscari de Venecia el 10 de noviembre de 2021, y presentado en versión abreviada en esa oportunidad.

sé más capaz de leer poesía que de escribir sobre ella, más apta para la conmoción de la letra que para la precisión de la idea. Cuando se explaya sobre la conciencia crítica como ejercicio adversativo respecto de los valores dominantes, Rama asevera que «[c]omo siempre, fueron los poetas los primeros en definir este cambio» (1971, 348); más adelante proclama a la poesía «la vanguardia volante del ejército en marcha» (399) y allí se agolpan los intimistas Beltrán Martínez, la misma Vilariño, Ricardo Paseyro, Amanda Berenguer, la propia Ida; el sencillismo de Líber Falco; el barroquismo de Cristina Peri Rossi (Rama 1971, 397); «el arrebató erótico en Clara Silva» (399). Quisiera extender la serie hacia otras estribaciones: del lado montevideano, el erotismo interespecies de Marosa di Giorgio; del lado porteño, las provocaciones lingüísticas de Susana Thénon.

Cierro aquí las insinuaciones. Como el recorrido de Rama que procuré interrogar, acompañar y discutir, mi intervención quiere finalizar en transición. «[N]o hay generación que aprisione o detenga a la historia» (Rama 1971, 402), sostiene el crítico en las líneas finales. La historia queda en curso, en un *corsi e ricorsi* que Viñas (1964) llamaba «constantes con variaciones» pero se empeñaba en desgajar de la circularidad de la historia, esa forma obsesiva del conservadurismo, para exhibir la creatividad de soluciones ante problemas que retornan en circunstancias diversas. Demasiada arrogancia fue haber esmerilado el testimonio frente a una testigo directa, transgeneracional, como es Ida Vitale, motivo de un homenaje que justificó revisar su inscripción intelectual.

## Bibliografía

- Cuadernos de Marcha*, 49, mayo de 1971.
- Devés Valdés, E. (2000-03). *El pensamiento latinoamericano en el siglo XX*. Vol. 1, *Del Ariel de Rodó a la CEPAL*. Vol. 2, *Desde la CEPAL al neoliberalismo*. 2 vols. Buenos Aires: Biblos.
- Fernández Retamar, R. [1971] (2006). «Caliban». *Todo Caliban*. La Habana: Fondo Cultural del ALBA, 11-85.
- González Echevarría, R. (2002). *Crítica práctica/práctica crítica*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Rama, A. (1971). «La generación crítica (1939-1969)». *Uruguay hoy*, parte IV. Buenos Aires: Siglo XXI, 325-401.
- Rama, A. (1985). *Las máscaras democráticas del modernismo*. Montevideo: Fundación Ángel Rama.
- Rama, A. [1964] (2008). «Diez problemas para el novelista latinoamericano». *Rama* 2008, 43-113.
- Rama, A. [1973] (2008). «Medio siglo de narrativa latinoamericana (1922-1972)». *Rama* 2008, 115-226.
- Rama, A. [1982] (2008). «Prólogo». *Rama* 2008, 17-27.
- Rama, A. (2008). *La novela en América Latina. Panoramas 1920-1980*. Santiago de Chile: Universidad Alberto Hurtado.
- Rodríguez Monegal, E. (1956). *El juicio de los parricidas*. Buenos Aires: Deucalión.
- Sartre, J.-P. [1960] (2004). *Crítica de la razón dialéctica*. Buenos Aires: Losada.
- Sebreli, J.J. (1997). *Escritos sobre escritos, ciudades bajo ciudades*. Buenos Aires: Sudamericana.
- Viñas, D. (1954). «Onetti: un novelista que se despide». *Contorno*, 3, 12.
- Viñas, D. (1964). *Literatura argentina y realidad política*. Buenos Aires: Jorge Álvarez.
- Viñas, D. (ed.) (1969). *Obras escogidas de Armando Discépolo*. 3 vols. Buenos Aires: Jorge Álvarez.
- Williams, R. (1980). *Marxismo y literatura*. Barcelona: Península.

